

# UC Berkeley

Lucero

## Title

Umbrales monstruosos: Tres operativos urbanos de la guerrilla M-19

## Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/5hs989t4>

## Journal

Lucero, 21(1)

## ISSN

1098-2892

## Author

Martínez-Pinzón, Felipe

## Publication Date

2010

## Supplemental Material

<https://escholarship.org/uc/item/5hs989t4#supplemental>

## Copyright Information

Copyright 2010 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

## Umbrales monstruosos: Tres operativos urbanos de la guerrilla M-19

FELIPE MARTÍNEZ-PINZÓN

Veintisiete de febrero de 1980. Dieciséis guerrilleros del M-19,<sup>1</sup> algunos vestidos de sudadera verde, otros ataviados como elegantes invitados, se acercan a la Embajada de la República Dominicana, en la zona central de Bogotá. El objetivo es tomar sus instalaciones y secuestrar a los embajadores y diplomáticos invitados a festejar el día nacional de la isla caribeña. Sin que le pidan invitación o credenciales, el comandante guerrillero Rosemberg Pabón, líder del operativo, entra a la Embajada luciendo traje de corbata y recién peluqueado. Una vez que Pabón se encuentra adentro, sus compañeros irrumpen a sangre y fuego.

En *Así nos tomamos la embajada* (1984), las memorias de Pabón sobre este operativo guerrillero, el líder del comando decide representar la violencia del asalto como un momento del afuera-adentro; un espacio-umbral que todo lo mezcla; un lugar donde la acción no se concreta ni tampoco las identidades de los guerrilleros que de ella participan. El asalto es la entrada de la guerra colombiana a otro territorio, aquel que representa la Embajada como parte de la República Dominicana. El asalto también logra transformar las instalaciones de la Embajada en un banco, primero, luego en una capilla y más tarde en una cárcel, entre otros espacios. Es precisamente en la opalescente superposición de espacios que suscita la guerra de guerrillas urbana, donde se cifra la violencia revolucionaria como una fantasía – a la vez religiosa y monstruosa – por crear nuevas subjetividades y espacios ilegibles y, por tanto, incontrolables para el Estado.

En las páginas por venir me interesa la configuración de los espacios privados respecto a cierta representación de la violencia revolucionaria y la relación que las transformaciones operadas sobre dichos espacios tienen en la subjetivación de los guerrilleros urbanos. Esto con el fin, desde luego, y con un agencia más amplia en mente, de analizar la violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria como un campo de batalla cartográfico donde se alisan y se estrictan espacios (Deleuze y Guattari 385) a través de acciones que amenazan la sedentarización de la geografía citadina en el marco de la guerra de guerrillas en la urbe. Quiero ver la violencia de la guerrilla urbana como un momento de ilegibilidad de

espacios que osa arrebatarle el monopolio cartográfico al Estado. Frente a esta acción el Estado responde, o bien con la negociación, a partir de la cual estría nuevamente el espacio recuperando la soberanía – tal como sucedió en el caso de la Embajada dominicana donde todo concluyó con un acuerdo político; o bien borrándolo a través de una reacción tan violenta como la que desocupó de contenido la geografía urbana el 6 y 7 de noviembre de 1985, en el llamado Holocausto del Palacio de Justicia. Usaré, cuando venga al caso, otros textos y ejemplos sobre la guerra de guerrillas, refiriéndome al caso del M-19 colombiano como fenómeno central de este ensayo.

Para llevar esto a cabo he escogido tres operativos urbanos del M-19. Primero, la llamada Operación Democracia y Libertad, en el marco de la cual veintiséis guerrilleros se tomaron las instalaciones de la Embajada de la República Dominicana en Bogotá. En dicho operativo me interesa la puerta de la Embajada y el espejo que se encontraba una vez que se franqueaba la entrada. Segundo, la Operación Colombia. Con ella, en enero de 1979, el M-19 consiguió robar más de cinco mil armas de la base principal de las fuerzas armadas en Bogotá, por medio de la construcción de un túnel subterráneo de setenta y seis metros. En este operativo me centraré en el espacio de tránsito que ocupa el túnel. Tercero, la Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre, más conocida como la Toma del Palacio de Justicia. Como es bien sabido, dicha operación encontró respuesta en la brutal re-toma que llevaron a cabo las Fuerzas Militares colombianas cuyo resultado fue de 95 muertos, incluyendo a los desaparecidos. Quiero centrarme en un momento que es su cifra: la entrada del primero de los cinco tanques militares por la puerta de bronce del Palacio.

## Uno

Descrita por Pabón, la entrada de los guerrilleros del M-19 a la Embajada dominicana aquel 27 de septiembre, vestidos como invitados unos y como deportistas otros, escenifica *in musce* conflictos alrededor de la subjetivación del guerrillero y la espacialización de la violencia. Cito en extenso el episodio:

Cruzando el umbral [de la Embajada] escuchamos ¡FUEGO!  
¡Esto es un asalto! ¡Al suelo! ¡Tírense al hijueputa suelo! Porque  
había que decir hijueputa de todos modos, había que mentar la  
madre para entrar en calor.

En ésas, siento que viene la tromba, los compañeros corriendo a mil. ¡A Mil! Me habían advertido, hermano, tenga cuidado: en la entrada, al lado izquierdo, hay un espejo grande, de un metro por metro y medio. Ojo con ese espejo. Pero uno ¿qué va a pensar en un malparido espejo? ¿Cómo voy a pensar en una guevonada de ésas si estamos en una vaina grande? Entro con el arma en la mano, miro hacia los lados y me encuentro con un hijueputa armado. ¡Mierda! Esto no estaba en el plan. ¡Pam! Disparo y me tiro al suelo. Me incorporo poco a poco y ahí está todavía la cabecita del hombre que me sigue apuntando. Ve este berraco no se murió...Tenga: ¡Pum, pum! Otros dos disparos. ¡Lo maté! Oigo entonces que caen vidrios y me doy cuenta...le metí tres tiros al espejo. Me maté yo mismo...Estaba bien de reflejos, ¿oyó? (30-31)

La escena empieza con un “cruzando el umbral escuchamos ¡FUEGO!” una acción que marca un movimiento inacabado, en transcurso, entre un afuera y un adentro. La zona del equívoco o el lugar liminal donde opera la transformación. Tal es el lugar sin lugar del umbral. “Escuchamos ¡FUEGO!” escribe Pabón, lo cual en ese momento-umbral de la toma intensifica la confusión. El plural “escuchamos” se refiere, presumo, al nosotros del comando guerrillero, lo que implica que el grito “¡FUEGO!” no es una orden de disparar, sino la impresión de un invitado de la embajada que confunde la violencia con un incendio. La confusión de quienes están adentro prosigue con el grito de “¡Esto es un asalto!” al mismo tiempo que empieza a clarificarse. Estamos en el territorio del crimen; en este caso pre-político todavía. Pasamos de un incendio a un simple atraco. La embajada, fruto de la confusión, se espacializa bajo la forma de un banco.

Sin embargo, dos actos performativos deben ocurrir para convertir el espacio a-isla-do de la Embajada de banco en prisión. Primero la violentación lingüística del espacio exclusivo de la Embajada: “Había que mentar la madre para entrar en calor.” Y luego la subjetivación de matar al impostor para asumirse como guerrillero. El asesinato de sí mismo en la ruptura del espejo está contenido en la aliterada estructura gramatical de la frase “me maté yo mismo.” Tal estructura es circular y reflexiva. Se muerde la cola como dos reflejos cuyo cuerpo presente desconocemos. Pabón decide escribir puntos suspensivos luego de esa frase. Si decidiéramos terminar de escribirla, completando el círculo de su simetría, tomaría la forma de un espejo escrito: “me maté yo mismo a mí mismo me maté yo mismo a mí mismo.” Ahora sí podríamos escribir etc.

En los textos del psicoanalista francés Felix Guattari, solo o en compañía de Gilles Deleuze, encontramos una ingente cantidad de reflexiones sobre máquinas que constituyen, destruyen y reconfiguran subjetividades a través de medios materiales o inmateriales, desde las máquinas de guerra hasta los *spots* televisivos. En *Chaosmosis*, por ejemplo, Guattari habla de las máquinas de subjetivación autopoiéticas como instancias desde las cuales construimos nuestras existencias territoriales. Para Guattari la subjetividad es “the ensemble of conditions which render possible the emergence of individual and/or collective instances as self-referential existential territories, adjacent, or in a delimiting relation, to an alterity that is itself subjective” (9). Cuando Guattari habla de máquinas de subjetivación está pensando, en 1992, en la consolidación de los *mass-media*, pero también en máquinas artísticas como el jazz, por ejemplo. Yo voy mucho más atrás, para ver al espejo – viejísima máquina – como obvia instancia de subjetivación. En el espejo que se encuentra a la entrada de la embajada Pabón escenifica su propia muerte para darle paso al surgimiento del Comandante Uno, alias con el cual el líder del operativo iba a ser conocido tanto por los medios de comunicación y las autoridades como por los secuestrados. No se trata de volver a Rosemberg Pabón, sino de crear desde esta máquina especular al Comandante Uno, eliminando al impostor que es condición *sine qua non* de su existencia. El supuesto invitado a la fiesta de la Embajada se convierte en otro sujeto que es en realidad su opuesto: el intruso que dirige el operativo guerrillero.

La escenificación del nacimiento de una subjetividad – la del Comandante Uno – está doblemente escrita en el texto. Es el propio guerrillero quien acepta haber sabido de la existencia del espejo. Sin embargo, y a causa del momento-umbral de la violencia, lo destruye a tiros, como si tal acción fuera necesaria para “entrar en calor” y gestar al nuevo individuo que liderará durante semanas el secuestro y la negociación con las autoridades. La consciencia de la existencia del espejo al igual que la escritura de su destrucción se copian en la narración, proponiendo al texto mismo como un espacio flotante donde se suspenden las identidades normativas (por ejemplo, el propio Rosemberg Pabón, autor del libro), haciendo del texto una suerte – también en copia – de embajada capturada; laboratorio de identidades donde se suspenden y crean subjetividades como la del impostor que funge de invitado a la Embajada o la de Rosemberg Pabón que, con el rostro tapado, se hace llamar Comandante Uno. El espacio de la embajada, habitado por identidades en tránsito, viajará desde territorio dominicano en Colombia hasta desplazarse

por el cielo hacia Cuba, lugar en que serán liberados los diplomáticos. En efecto, la mayoría de los secuestrados no fueron liberados sino luego de viajar con los guerrilleros a Cuba después de verificadas las negociaciones con el gobierno colombiano. En esa otra isla, tanto los guerrilleros como los secuestrados, recuperaron, si algo así es posible, sus identidades previas al momento-umbral del asalto.

Así, ganar el espacio interior de la Embajada implica constituir la subjetividad clandestina en la impostura. Más que en pérdida y ganancia, el momento de la irrupción de la violencia se resuelve en un *continuum* donde las polaridades identitarias nunca se asientan en campos semánticos definidos. Por ello, la violencia mientras dura no es ya un espacio-umbral sino un túnel abstruso de significaciones. Pensemos en la escena con la que se cierra el relato de la irrupción en la embajada. Se trata de la entrada del último guerrillero al recinto. Nuevamente escribe Pabón:

La puerta principal se cierra pero un compañero la rompe y entran todos a mil. Al último lo veo dando un salto largo, como en cámara lenta para pasar la puerta, hace la V de la victoria, parece que va a sonreír, y segundos más tarde lo veo tirado en un charco de sangre. Muere haciendo la V de la victoria pues realmente cumplió el objetivo. No se quedó por fuera. Ganó la puerta. Camilo tenía 18 años. (31)

Todo aquí es uniformidad, ni siquiera la técnica narrativa de la cámara lenta puede distinguir la sonrisa de la victoria de la mueca del dolor. El disparo está fuera del relato. La victoria se confunde con la muerte. Por lo cual el espacio interior de la embajada en este caso no le permite siquiera recobrar a Camilo su verdadero nombre. Así, el espacio de la embajada pasa de ser banco a prisión y, simultáneamente, con la ceremonia de velación del cuerpo del guerrillero muerto, deviene en iglesia revolucionaria (Pabón 34), para pasar a ser también trinchera, apacible casa de celebraciones, hospital, centro de conspiraciones, cárcel o territorio liberado a la medida de la visión utópica de la sociedad que quiere construir el M-19 (Pabón 117).

En su incesante cambio, el espacio de la embajada es monstruoso pues representa, en palabras de Negri y Hardt, “the unformed and the unordered [that] are horrifying” (194). Es un espacio que excede los paradigmas de control del mapa catastral estatal; por eso lo amenaza y debe ser normatizado. En *Mil mesetas* Deleuze y Guattari hablan de los espacios lisos y los espacios

estriados. El primero es vectorial, proyectivo y topológico. Es un espacio que puede ser ocupado sin ser contado. El espacio estriado, por su parte, es métrico. Necesita ser contado para ser ocupado (361). Al pensar en estas complejas categorías, en muchos casos cambiantes, pienso en la ciudad numerada como el espacio estriado por excelencia; un espacio que se descompone para reconstituirse, por ejemplo, en una dirección postal determinada. Cuando Deleuze y Guattari piensan en espacios lisos, usualmente ponen como ejemplos al mar y al cielo, las estepas o el desierto. En la evidente amenaza que suponen estos espacios para el lente ordenador del Estado – término de James C. Scott de su influyente *Seeing Like a State* – toda acción suya debe tender a estriar espacios para hacerlos medibles y, por ello, controlables: “[o]ne of the fundamental tasks of the State is to striate the space over which it reigns, or to utilize smooth spaces as a means of communication in the service of striated space” (Deleuze y Guattari 385).

La relación entre espacios estriados y lisos, para Deleuze y Guattari, está en estrecha relación con lo sedentario y lo nómada. Aunque ambos espacios son localizables, el carácter sedentario del espacio estriado lo brinda su delimitación, mientras que el espacio nómada no cuenta con límites: “sedentary space is striated, by walls, enclosures, and roads between enclosures, while nomad space is smooth, marked only by traits that are effaced and displaced with the trajectory” (381). Quiero ver el alisamiento de espacios, en el caso de la guerrilla urbana, como un robo o una quema, si se quiere, del mapa catastral de la ciudad. La máquina de guerra nómada de la guerrilla, a través de prácticas de subjetivación que borran la delimitación entre espacios, logra nomadizar la ciudad amenazando la cartografía estatal, en la cual el Estado basa su concepción de paz como orden. Así, alisar espacios es un acto de violencia que declara la guerra al Estado porque “when a State does not succeed in striating its interior or neighboring space, the flows traversing that State necessarily adopt the stance of a war machine directed against it, deployed in a hostile or rebellious smooth space” (Deleuze y Guattari 386). Arrebatarle la máquina de guerra al Estado – que siempre le es exterior – o metamorfosearla para oponérsela como enemigo es la resistencia monstruosa que le opone la guerrilla urbana.

Deleuze y Guattari, al igual que otros teóricos del movimiento y la velocidad como Paul Virilio, piensan el espacio liso como una geografía a politizar, en tanto se pueden alisar espacios a través de prácticas espaciales, como es el caso de las puestas en práctica por la guerrilla urbana. En particular, pienso en la violencia revolucionaria

de la guerrilla urbana como “a manner of being in space as though it were smooth” (Virilio cit. en Deleuze 386) y la revolución precisamente como ese momento cuasi religioso,<sup>2</sup> por una parte, cuasi monstruoso<sup>3</sup> por otra, en que los espacios se superponen. Es decir, la violencia revolucionaria en la ciudad se resuelve en el borramiento de lo estriado. La apuesta por lo liso es la creación de un momento opalescente como el del asalto que, claro, es fugaz, y cuya función es crear instancias espacio-temporales que son máquinas de subjetivación que se corresponden con umbrales identitarios. Es imposible desligar la violencia política en la ciudad de su matriz creadora de subjetividades y de espacios insospechados.

Así, el momento de la revolución supone un desquiciamiento (out-of-jointness) de los ejes espaciales y temporales (Derrida 49). Imaginar la revolución se cifra en un deseo que, a su vez, quiere superponer el futuro en el presente, al mismo tiempo que quiere ver sedentarizados los espacios transitables. La energía revolucionaria abreva velocidad de una fantasía que quiere interrumpir la nomadografía del mapa de la ciudad en paz y, así, detener el flujograma de la cotidianidad. Con la ausencia del tránsito, los revolucionarios quieren congelar el momento futuro en el presente. Quemar la historia con la antorcha de la revolución.

El desquiciamiento de planos espacio-temporales es un deseo que le da forma a la energía revolucionaria. Nada más patente para comprobarlo que observar el comunicado del M-19 que anuncia la toma del Palacio de Justicia (ver fig. 1). El texto se compone de dos partes. La motivación escrita donde se aducen las razones de la toma y, significativamente, un montaje donde se imagina cómo será el día de la toma del Palacio. En ambos textos se desquicia el espacio y el tiempo. El comunicado termina con estas palabras: “Patriotas, hoy, por fin, el futuro está en nuestras manos.”

Más interesante que el comunicado es el montaje, porque en él se materializa, en una fascinante literalidad, el desquiciamiento de los planos. La multitud congregada, que fantasean los guerrilleros los apoyará en la plaza pública, no mira hacia el Palacio de Justicia, sino hacia el lado izquierdo. No es audiencia ni para los guerrilleros ni para las fuerzas del Estado. Como deseo, la toma de la plaza pública por el pueblo no coincide con la toma del Palacio de Justicia por la guerrilla. Así la ecuación guerrilla = pueblo en armas rompe su simetría, se deshace, se quiebra. Tal falla representacional, en la que la multitud del montaje aparece en masiva demostración de indiferencia, signa también la falla espacial que observamos en la foto. El Palacio aparece ladeado, el espacio desequilibrado,



Fig. 1. Segunda parte del comunicado del M-19 con motivo de la Toma del Palacio de Justicia. 6 de noviembre de 1985. Montaje fotográfico. En Darío Villamizar Herrera, *Sueños de abril* (Bogotá: Planeta, 1997; 130).

dejándonos ver la puerta por la que entrarán los tanques, como un espejo refulgente donde aparecen duplicadas las pancartas que se prestan borrosas para la lectura del observador. La guerrilla no lee lo que la multitud, en su deseo (el de la guerrilla), debía escribir para ella. Es decir, el pueblo no habla por la guerrilla ni para la guerrilla.

Como tropo que desquicia múltiples planos, la ironía de esta imagen está en que es la propia guerrilla la que crea este espacio fuera de quicio, donde la multitud escenifica, como una profecía, el fracaso de su fantasía revolucionaria una vez que se lleva a la realidad. El día de la toma del Palacio de Justicia la multitud no llenará la plaza de Bolívar. Allí solamente habrá tanques y soldados.

## Dos

Era moneda corriente, durante el auge de la lucha guerrillera en América Latina, pensar que una nueva concepción del mundo debía generar nuevos sujetos. Al construir una historia de las formas de resistencia política durante el siglo XX y el siglo XXI, Hardt y Negri escriben: “The modern class wars and wars of liberation brought with them an extraordinary production of subjectivity” (73). Cuando hablamos de la producción de subjetividades en América Latina

durante la Guerra Fría la noción guevarista del “hombre nuevo,” desde luego, resuena inmediatamente. No nos debe extrañar, entonces, que las narrativas de la violencia revolucionaria pongan en escena *ad nauseam* creación de subjetividades.<sup>4</sup> Pensemos en el mismo Guevara cuando anota, en su *Diario de Bolivia*, la forma en que le crece el pelo y la barba luego de habérselas cortado para entrar en la clandestinidad. En efecto, Guevara se sabía una construcción propia, un atuendo o, por qué no decirlo, una máscara. Es la construcción de la figura *pop* desde sus propias manos. Él escribe pocas semanas después de comenzar la aventura en Bolivia, el 12 de noviembre de 1966: “Mi pelo está creciendo, aunque muy ralo y las canas se vuelven rubias y comienzan a desaparecer; me nace la barba. Dentro de un par de meses volveré a ser yo” (30). En preparación para su muerte, Guevara sabe que debe morir como el Che y no como Mena González, un diplomático uruguayo, calvo y de gafas gruesas que es la identidad ficticia que asume para franquear los controles aduaneros en su entrada a Bolivia.

Pensemos también en el Subcomandante Marcos como otra instancia exacerbada de subjetivación, no como introspección a la manera de Guevara, sino como explosión. Después del proyecto de subjetivación de los movimiento revolucionarios de la Guerra Fría, y como corolario de su implosión, Marcos propone la disgregación de la subjetivación al escribir en el famoso comunicado del 28 de mayo de 1994: “Marcos es gay en San Francisco, negro en Sudáfrica, asiático en Europa, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indígena en las calles de San Cristóbal, chavo banda en Neza, rockero en CU, judío en Alemania, ombudsman en la Sedena, feminista en los partidos políticos, comunista en la post Guerra Fría” (Ejército 243). Pasamos en cuestión de treinta años del espejo-diario de Guevara, al cibertravestimo intergaláctico de Marcos.

En el caso del M-19, sin embargo, quiero descubrir las instancias espaciales en que estos proyectos de subjetivación ocurren, improvisadamente, durante el transcurso de los operativos guerrilleros. Dichos espacios-umbral se me aparecen como lugares monstruosos precisamente por su carácter de tránsito nunca acabado, de *threshold* a través del cual alguien entra uno y sale otro, para cerrar para siempre ese espacio que comparte las características mutantes de quien por él pasa. Es como si esos espacios, como el umbral o el espejo roto, fueran espacios rituales en el sentido en que Victor Turner los identifica con el término de *liminality*, acuñado en su clásico “Betwixt and Between: The *Liminal* Period in Rites de

Passage," como temporalidades precarias donde la subjetividad se reconstituye durante los ritos de paso, por ejemplo (Turner 93).

Aparejada a la re-subjetivación de identidades, la violencia revolucionaria también re-espacializó lugares. Al trazar una genealogía de los movimientos de liberación nacional y de resistencia, Negri y Hardt identifican la transición del fordismo al post-fordismo como un momento fundamental para entender la transición de las luchas guerrilleras rurales a las urbanas: "To some extent in these cases the tactics of guerrilla warfare were simply transposed from the country to the city. *The city is a jungle*. The urban guerrillas know its terrain in a capillary way so that they can at any time come together and attack and then disperse and disappear into its recess"<sup>5</sup> (81). Selvatizar la ciudad como forma del alisamiento de la cartografía estatal está dentro de los planes militares de una guerrilla urbana como el M-19.

La Operación Colombia, también conocida como Operación Ballena Azul, comenzó en octubre de 1978 y se prolongó hasta el primero de enero de 1979. Su objetivo fue robar el centro de armamento más grande de las fuerzas armadas en Bogotá, conocido como el Cantón Norte. La reserva de ametralladores allí almacenada constituía un contingente de armas y parque que ascendía a más de cinco mil piezas de artillería. Para conseguirlo, el M-19 arrendó una casa frente a las instalaciones del campo militar, reclutando a los que parecían ser una apacible familia de clase media alta pero que en realidad eran viejos cuadros de la organización guerrillera. Los otros militantes designados para esa operación cavaron durante más de dos meses un túnel subterráneo de setenta y seis metros que los llevó a las bodegas donde se almacenaba el enorme arsenal. La mayoría de los que participaron en la operación no se conocían ni se habrían de conocer por sus verdaderos nombres, ocupaciones o vidas reales durante esas semanas.

A excepción de los arrendadores de la casa y de Carlos Duplat, alias Isidro y quien era el contacto entre los jefes de la organización y el grupo de trabajo, ninguno de los participantes conocía Bogotá siquiera. La disposición de las relaciones sociales de tal forma preveía que si alguno caía en manos de los militares, no podría bajo tortura dar información sobre sus compañeros o sobre el lugar donde quedaba el túnel. Hasta el último momento, inclusive, quienes cavaban no sabían qué cosa encontrarían al final del túnel. Para quien llegaba por primera vez a la ciudad en el marco de esta operación, Bogotá era al mismo tiempo invisible y monstruosa. Todo cuanto conocía de la ciudad era su reverso, el túnel negro que cavaba, el contra-mapa catastral. A tal procedimiento organizativo,

que inhibía cualquier experiencia de totalidad, el M-19 lo llamaba compartimentación y al hecho de infringirlo se lo conocía en la organización como horizontalidad: saber quién era realmente el compañero con el que se trabajaba (Morris 45, 113). No depender, por tanto, del contacto superior era romper el linaje ciego de la clandestinidad. Esto se castigaba con la expulsión de la organización.

En su libro *Operación Ballena Azul* el periodista colombiano Hollman Morris recoge y organiza fragmentariamente distintos relatos de los participantes de este operativo. Isidro cuenta cuál sería el procedimiento a seguir en caso de que fueran descubiertos por tropas del ejército mientras cavaban el túnel: “un pequeño grupo de contención opondría alguna resistencia mientras los demás huían y sólo en ese momento se les diría en qué sitio de la ciudad estaban, cerca de qué vías, etcétera, y una vez hubieran saltado la tapia, los del grupo de contención tratarían de salir por los techos” (Morris 47). De topos a gatos, del suelo al cielo, de mineros subterráneos a equilibristas de techos, tal es la transformación que opera sobre los cuerpos el momento-umbral de la violencia. Tal estrategia apunta a reconfigurar la violencia como momento de conocimiento, de mapeo, de transformación hacia otro tipo de nomadismo, no ya el que opera en la quietud de la casa desde donde se cava el túnel, sino aquel movimiento más ordinario en la táctica militar a campo abierto: el repliegue.

Evidentemente hay un cambio absoluto frente a las tácticas de la guerrilla rural. Del viejo “muerte y corre” guevarista, del culto a las botas del caminante, llegamos a una nueva concepción del nomadismo. El guerrillero rural no pasa dos noches en el mismo campamento mientras el guerrillero urbano pasa más de dos meses en una casa. Un nomadismo que tiene que ver más con la velocidad de la que habla Virilio que la movilidad de la que habla el foquismo guevarista. Y una velocidad que también se refiere al conocimiento. Ver el mapa de la ciudad iluminado, un segundo, por un disparo, para luego encontrarlo todo nuevamente en negro. Con la luz repentina de esa información – de ese ¡nos han descubierto! – se debe salvar la propia vida. Deleuze y Guattari hablan de la infinita paciencia del nómada, como aquel que “moves, but while seated, and he is only seated while moving” (386). El guerrillero urbano, así, es un viajero inmóvil, un topo sin paisaje o con un paisaje negro: el espacio del túnel.

Contra todos los pronósticos, los guerrilleros del M-19 excavan la totalidad del túnel en un tiempo récord. Llegan al vientre de la ballena azul, la enorme bóveda de armas iluminada por la luna, la

noche del 31 de diciembre de 1978. No hay nadie adentro. En 24 horas por poco la desocupan de armas. Carlos Erazo, uno de los participantes en la operación, relata el momento en que logró ganar el espacio de la bodega: “Cuando miré aquello recuerdo que tuve la visión del que entró a la cueva de Alí Babá y se encontró con el tesoro más grande que jamás hubiera imaginado en su vida” (Morris 147). El momento de conocimiento de quien ve la luz después del túnel, hace de la bodega una cueva y del guerrillero un ladrón. Luego de llevarse consigo las últimas armas con las que pueden cargar, los guerrilleros pintan toda serie de graffiti y redistribuyen el espacio dentro de la bodega. Hacen un museo que es a la vez un circo. Carlos Erazo nos cuenta:

Como a las tres y media comenzamos a pintar el sitio. Empezamos por los cañones, unos cañones grandísimos verdes con dos ruedas gigantescas a los que les colocamos “M-19”. Ahí nos encapuchamos y nos tomamos fotos. Recuerdo que alguien alcanzó dos banderas gigantescas. Una era de unos veinte o treinta metros de largo del M-19 y otra de Colombia ... Trajeron más aerosoles y la gente se dedicó a pintarlo todo, todo, con letreros de la Organización. (165-166)

Es interesante notar que el momento de la foto coincide con el momento del borramiento de una identidad para asumir otra. En el flash de la cámara no se descubre sino que se oculta. El hombre pierde su individualidad y se hace la guerrilla misma. Soy legión, parece decir la foto donde el rostro oculto por la capucha del M-19 asume el rostro de todo el movimiento. Luego continúa Isidro:

[P]ensando en la llegada de la prensa [pintamos] encima de la boca del túnel una flecha grande, en las paredes del garaje, ... otras flechas para guiarlos hasta la boca del túnel. En esa época estaba en su furor una serie cómica mexicana “El Chapulín Colorado” y alguien escribió su frase clásica sobre otra pared: “Síguenme los buenos-M-19”. “No contaban con nuestra astucia M-19”. “Feliz año nuevo con armas para el pueblo M-19”. (166)

La construcción de un museo-circo en medio de la más grande guarnición militar del país provoca un desplazamiento de espacios que anticipa la revolución, desquiciando no sólo el espacio sino el tiempo. El comandante general del M-19, Jaime Bateman (1939-1983), diría sobre esta operación que esa guerrilla había entrado en el Cantón Norte como Robin Hood y había salido como el Che Guevara (Pabón 24). Los hechos posteriores lo desmentirían. La

audacia de la acción y el humor del M-19 ofenderían profundamente la dignidad de los militares, quienes como respuesta desplegarían un operativo de tal brutalidad y dimensiones que en menos de dos meses, y como fruto de torturas, delaciones y capturas masivas, no solamente habría de recuperar la inmensa mayoría de las armas, sino que lograría capturar a casi todos los líderes de esa guerrilla.

Además de los muchos mensajes y grafitis que dejaron los guerrilleros del M-19 en el Cantón Norte, confeccionaron en mimeógrafo un comunicado que repartieron el mismo 1 de enero de 1979 luego de pegarlo en todas las paredes de la bodega del Cantón Norte y de la casa ocupada (ver fig. 2). Después del corriente encabezado del comunicado, el texto trae una cita de las declaraciones que brindara en septiembre de 1978 el entonces Ministro de Defensa del gobierno de Julio César Turbay, General Luis Carlos Camacho Leyva. Las palabras de dichas declaraciones que salen transcritas son “Todo ciudadano debe armarse como pueda”, seguidas de una frase del M-19 que dice “...Y LO HICIMOS.” Y a espacio seguido: “5.000 armas para el pueblo!”



Fig. 2. Copia mimeografiada del comunicado del M-19 con motivo de la Operación Ballena Azul. Esténcil. En Darío Villamizar Herrera, *Sueños de abril* (Bogotá: Planeta, 1997; 55).

En la fagocitación de la voz del general Camacho Leyva y su “guerrillerización” – que supone su desterritorialización bajo la forma de un comunicado mimeografiado – opera una resemantización donde la violencia revolucionaria captura y secuestra, invade, muy a la manera del túnel, la voz del militarismo, llevándolo de las ideas a los afectos (*affectus*). El M-19 no solamente roba el arsenal bélico de los militares, sino su arsenal lingüístico. Todo lo que le queda al ejército, desprovisto del lenguaje y de la dignidad, es actuar con brutalidad, activar lo que Deleuze y Guattari llaman el “affect:” “weapons are affects and affects weapons” (Deleuze y Guattari 400). Por *affect* me refiero a aquel concepto que Deleuze extrae de su lectura de la *Ética* de Spinoza, donde se contrapone la *idea* al *affectus* (sentimiento o afecto) y que está en muy cercana relación con mi planeamiento respecto a las instancias de opalescencia, en el caso de las identidades y los espacios, que produce la violencia política en la ciudad.

A diferencia de la idea que es representacional (la idea del triángulo, dice Deleuze, se corresponde con el triángulo real), los afectos no tienen correspondencia representacional perfecta, sino que van cambiando y se convierten, antes que en cosas, en estados de ánimo; son como estímulos para actuar sobre el mundo de manera tal que, por ejemplo, la felicidad o la tristeza, como sentimientos (*affectus*), determinan nuestra relación de actividad o inactividad frente a lo que nos rodea. Por ejemplo, antes que ser ideas, “joy [is] an increase in the power of acting, sadness [is] a diminution or destruction of the power of acting” (Deleuze 7). De esta manera me parece que el odio, vergüenza, humillación o resentimiento que produce la Operación Ballena Azul en la jerarquía militar colombiana desata la violencia como un efecto de ese *affectus*. La violencia, a su vez, como el odio, la alegría o la tristeza, toma formas representacionales cambiantes, imperfectas – en términos de Spinoza –. Debido a esto, me gustaría pensar en la violencia, en su carácter representacional indefinible, como otro “affect” que luego, para nuestro caso, en la Toma del Palacio de Justicia, devendrá en eso inefable y siempre mutante: el horror del Holocausto del Palacio de Justicia.

Muy a propósito y con esto en mente entremos al tercer operativo del M-19. La Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre más conocida como la Toma del Palacio de Justicia cuyo resultado sería el infamante Holocausto del Palacio de Justicia.

## Tres

En la tarde del miércoles 6 de noviembre de 1985 cinco carros blindados EE-11 Urutú y EE-09 Cascavel<sup>6</sup> entran a sangre y fuego al recinto del Palacio donde 40 guerrilleros del M-19 retenían a más de trescientas personas con el pretexto de juzgar en esas instalaciones al presidente de la República, Belisario Betancur, por haber supuestamente violado el acuerdo de tregua suscrito con la guerrilla meses antes. Las órdenes militares, comienzan a entender los televidentes<sup>7</sup> que observan la toma desde sus casas, son radicales. El General Samudio en comunicación grabada dice: “Estamos jugando contra el tiempo. Por favor, apurar, apurar a consolidar el objeto y a acabar con todo” (Castro Caycedo 53). El objetivo de la operación se hace claro: aniquilamiento de todo lo que viva. Reducir a nada, ni siquiera a cenizas.

Muchas son las representaciones que se han dado del vaciamiento geográfico que supuso la quema y final destrucción del Palacio de Justicia. Antes de la toma, el juzgado 30 describía el Palacio de Justicia como una “urna de cristal con divisiones en vidrio y madera” (Castro Caycedo 33). Después de las veintisiete horas de horror el periodista Germán Castro Caicedo – en su reciente libro *El Palacio sin máscara* (2008) – ve el lugar devastado, donde otrora quedara el Palacio, como “un hueco caliente, ennegrecido por las llamas de la noche anterior” (12). Puro vaciamiento. La nada. Un abismo infinito. Vida y espacio aniquilados.

Propongo leer la entrada de los carro-tanques blindados, bajo las órdenes del coronel Plazas Vega, como un momento donde irrumpen en el Palacio máquinas de excavación de abismos. Después del primero, cuatro tanques más entraron a las instalaciones cerradas del Palacio. El primer tanque, para entrar, debe romper a fuerza de disparos de cañón la enorme puerta frontal de bronce del Palacio. Con su entrada a las instalaciones del Palacio, la demolición de la puerta coincide, terrorífica y paradójicamente, con su sellamiento definitivo. La puerta se abre y se cierra en el mismo instante del disparo que la demuele. El tanque, así, es una puerta móvil que se desplaza cerrada o una máquina que produce un umbral eterno (ver fig. 3). Con el tanque el umbral se hace túnel y luego abismo. Aniquila y luego cava ese hueco negro y humeante. Esa máquina es un tanque pero también una excavadora, un toro y un topo al mismo tiempo; en suma, un monstruo que produce un movimiento horizontal que se verticaliza cerrando tras de sí toda puerta al diálogo, toda opción distinta a la muerte. El espacio

umbral de la violencia aquí es una máquina de subjetivación pero precisamente en tanto va borrando subjetividades.



Fig. 3. Entrada del primer tanque a las instalaciones del Palacio de Justicia. Fotografía. En Diana Carolina Durán Núñez, “Lo que sabía un soldado.” *El Espectador* 15 de noviembre 2008. Edición Bogotá.

El tanque-puerta que desplaza el umbral consigo mientras avanza asesinando, crea un espacio monstruoso al expandir el espacio-umbral; su calidad indefinida, amorfa, borrando el afuera y el adentro, lugares de la definición identitaria. Sin subjetivación, sin poder de definición frente al Estado, viviendo un espacio político del umbral, los magistrados y demás rehenes devienen vida desnuda, carne expuesta para ser carbonizada. Con la expulsión del adentro donde vive la legalidad al afuera del espacio asaltado por el comando guerrillero, el Palacio de Justicia, paradójicamente, se convierte en el afuera de la ley. Allí dentro todos devienen hombres animalizados a caballo entre el *bios* y el *zoe*, entre el *nomos* y el *physis*, habitando la zona de indistinción, donde el poder soberano decide impunemente sobre la vida (Agamben 37) tanto de los guerrilleros como de sus víctimas. La nuda vida que habita el espacio del umbral, lugar del poder soberano donde se asesina sin castigo, es materia a ser reducida a nada, arrojada al abismo negro, al hueco humeante que quedará tras la quema del Palacio de Justicia.

La mera vida, vida desnuda en términos de Agamben, es la vida que no puede salir del espacio del umbral. Ese espacio que es precario en su monstruosidad por su brevedad temporal, es extendido a la eternidad por la violencia reterritorializadora de los tanques. Por ello, quiero ver en ese “hueco humeante” que queda después del Holocausto del Palacio la forma de un umbral vertical, profundo y eterno, que es una figura metafórica para ocultar y a la vez mostrar un espacio umbral monstruoso, igualmente abismal y oscuro: la fosa común. Adentro y afuera de ella están los noventa y cinco cuerpos irreconocibles de los magistrados, ayudantes de despacho, trabajadores de la cafetería, soldados y guerrilleros aniquilados en la retoma del Palacio de Justicia.

#### NOTAS

1. El Movimiento 19 de abril, conocido por las siglas M-19, fue una guerrilla colombiana cuyos principales cuadros militares y políticos eran jóvenes de la clase media universitaria urbana. El M-19 llevó la guerra de guerrillas a las ciudades, si no con mayor éxito que otras guerrillas como las FARC, sí de forma más espectacular. A pesar de esto, siempre tuvo una retaguardia armada en las montañas y selvas colombianas. Surgió con motivo de las elecciones de 1970 en las que ganó, al parecer fraudulentamente, el candidato oficial del Frente Nacional, Misael Pastrana Borrero, frente al militar retirado, ex-dictador y líder populista Gustavo Rojas Pinilla, a quien muchos de los que luego militarían en el M-19 apoyaban bajo las banderas de la ANAPO (Alianza Nacional Popular). La desmovilización del M-19 se produjo a finales de los años ochenta a través de un exitoso proceso de paz con el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990), después del cual la guerrilla pasó a la lucha política bajo el nombre de Alianza Democrática M-19. Los sobrevivientes del M-19 y del partido político que surgió a partir de la guerrilla, fueron muy importantes en la discusión y la expedición de la Carta Política de 1991, todavía vigente.

2. Deleuze hace referencia a las apariciones, por ejemplo, de íconos cristianos en los lugares más insospechados: “making the absolute appear in a particular place – is that not a very general characteristic of religion?” (Deleuze 382).

3. Por monstruoso me refiero a aquello que Negri y Hardt ven en la multitud; es decir: “the unformed and the unordered [that] are horrifying” (194), pero que al mismo tiempo tienen una potencialidad liberadora, y de *speed* – en términos de Virilio – para destruir toda estructura de poder, incluyendo – para los revolucionarios ortodoxos – la misma que quieren imponer: “The monster is not an accident but the ever present possibility that can destroy the natural order of authority in all domains, from the

family to the kingdom” (Negri y Hardt 195). Ver, por ejemplo, el análisis del Golem (11) o del vampiro (196) que hacen Hardt y Negri en *Multitude*.

4. Importante en este punto es el libro de Josefina Saldaña *The Revolutionary Imagination* (2003). De acuerdo con ella, tanto la guerrilla marxista durante la Guerra Fría como la teoría de la dependencia que quiso oponerle un proyecto de modernidad al discurso desarrollista del primer mundo, caen en las mismas exclusiones, homogeneizaciones y prácticas coloniales que los discursos a los que pretenden oponerse: borran y violentan al subalterno, privándolo de su diferencia con la finalidad de acallar su incómoda presencia dentro de proyectos de una modernidad que no sabe hacerle el luto al eurocentrismo. Es sutil, pero muy cierto, el guiño que hace Saldaña al referirse a Bhabha con el “not quite/not white” para mostrar la incomodidad de Guevara o de Payares frente al campesino cubano o al indígena guatemalteco, respectivamente. A pesar de que la Guerra Fría en América Latina se constituyó en una máquina de creación de subjetividades, entre ellas la del guerrillero como nuevo sujeto histórico latinoamericano, también sirvió para violentar otras identidades en consolidación (lo gay) o en permanencia (lo indígena) o las subjetividades negras históricamente ignoradas o invisibilizadas en la mayor parte de la Latinoamérica continental.

5. Negri remite a Ian Beckett para analizar el tránsito de guerrilla rural a urbana en el marco de la Guerra Fría en América Latina. Tal transición, en términos más sociológico y menos estéticos, la ve Beckett como la lógica consecuencia de los desplazamientos campo-ciudad de vastas poblaciones campesinas en busca de trabajo, como producto de una industrialización centrada en las ciudades: “With the final failure of *foco*, a new generation of Latin American revolutionaries shifted the emphasis from the countryside to the towns in the recognition that rural insurgency was inappropriate when the bulk of the population was increasingly urbanised” (Beckett 174).

6. No está de más anotar que los nombres Urutú y Cascabel son nombres para referirse a víboras, con lo cual la ilegibilidad del espacio ciudadano, su selvaticación, funciona a un nivel material y metafórico simultáneamente.

7. Ver video de la entrada del primer tanque al Palacio de Justicia: "Toma del Palacio de Justicia - Entrada tanques." Video en línea. *Youtube*. Octubre 21, 2007. Web. 21 junio de 2011.

#### OBRAS CITADAS

- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. California: Stanford U P, 1996. Impreso.
- Beckett, Ian F.W. *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies: Guerrilla and Their Opponents since 1750*. Londres: Routledge, 2001. Impreso.
- Castro Caycedo, Germán. *El Palacio sin máscara*. Bogotá: Planeta, 2008. Impreso.

- Deleuze, Gilles. "Deleuze/Spinoza." *Les Course de Gilles Deleuze*. [France]: n.p., n.d. N. pág. *Scribd*. Web. 21 de junio 2011. <<http://www.scribd.com/doc/29064609/spinoza-Les-Cours-de-Gilles-Deleuze>>.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2007. Impreso.
- Derrida, Jacques. *Spectres of Marx: The State of Debt, the Work of Mourning, and the New International*. Nueva York: Routledge, 1994. Impreso.
- Durán Núñez, Diana Carolina. "Lo que sabía un soldado." *El Espectador* 15 de noviembre 2008, edición Bogotá. Impreso.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional. *EZLN: documentos y comunicados. 1 de enero/ 8 de agosto de 1994*. México: Era, 1995. Impreso.
- Guattari, Félix. *Chaosmosis*. Indiana: Indiana UP, 1994. Impreso.
- Guevara, Ernesto Che. *Diario de Bolivia*. México: Siglo XXI, 1995. Impreso.
- Morris, Hollman. *Operación Ballena Azul: las armas del Cantón Norte*. Bogotá: Intermedio, 2002. Impreso.
- Negri, Antonio y Michael Hardt. *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*. Nueva York: Penguin, 2004. Impreso.
- Pabón Pabón, Rosemberg. *Así nos tomamos la embajada*. Bogotá: Planeta, 1985. Impreso.
- Saldaña-Portilla, María Josefina. *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development*. Durham: Duke UP, 2003. Impreso.
- Scott, James C. *Seeing Like a State*. New Haven: Yale UP, 1998. Impreso.
- Turner, Victor. *The Forrest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual*. Ithaca: Cornell UP, 1967. Impreso.
- Villamizar Herrera, Darío. *Sueños de abril: imágenes de la historia del M-19*. Bogotá: Planeta, 1997. Impreso.